

SOCAIRE, EL AGUA Y LA LIMPIA DEL CANAL... Y EL CLÁSICO DILEMA ANTROPOLÓGICO SOBRE CULTURA Y ETNICIDAD

América Valenzuela R.¹

Resumen

A través de una breve etnografía sobre el agua y la limpia de canales en la comunidad atacameña de Socaire (San Pedro de Atacama, Chile), abordo un dilema propio de la disciplina antropológica sobre la distinción entre etnicidad y cultura.

Palabras claves: etnografía-Socaire-limpia de canales-comunidad étnica-comunidad agrícola.

53

El origen del dilema

Siendo una estudiante de antropología, en 1996 participé de un curso sobre el agua en el mundo andino, el cual exigía la realización de un trabajo de campo. Mis amigos y yo decidimos aventurarnos al pueblo de Socaire. Una comunidad indígena, ubicada a 90 km al sur de San Pedro de Atacama, que cada año realizaba una importante fiesta para su limpia de canales.

¹ Laboratorio de Etnografía, Departamento de Antropología, Universidad de Chile. E-mail: avalenzuelarebolledo@gmail.com.

De ese “terreno” todo fue novedad. El imponente e inhóspito paisaje, el reflejo del atardecer en el salar de Atacama, el trabajo de limpiar el canal y la “tan” evidente diferencia cultural que los socaireños expresaban. En las visitas que siguieron, ese asombro reveló un dilema asociado a algunas preguntas que hasta hoy me acompañan. Si muy pocos son los que cultivan, ¿por qué cada año la fiesta de la limpia de canales congrega a más socaireños? ¿Para quiénes es importante la limpia de canales? ¿Para la comunidad étnica o para la comunidad agrícola? ¿Es la limpia de canales muestra de la cultura o signo de la etnicidad atacameña?

La importancia del agua en Socaire

El agua en Socaire es un recurso muy valioso pues permite la vida en la puna atacameña y el desarrollo de las actividades agroganaderas a más de 3.000 msnm. Para ello, los socaireños han creado un conjunto de estrategias para su racionalización y utilización a través de dos ámbitos. Por un lado, un cuerpo de conocimientos y de recursos técnicos que permiten aprovechar al máximo este escaso bien, el cual se expresa sobre un complejo sistema de regadío. En efecto, en Socaire existe un sinnúmero de obras a lo largo del canal matriz, incluyendo extensiones y compuertas que regulan el acceso del agua de un canal a otro, redes que filtran objetos, materiales y sedimentos arrastrados por el caudal y estanques con gran capacidad de acumulación para disponer de agua en la estación fría.

Por otra parte, existe una organización social en torno al manejo, administración y distribución del agua. La parte más visible de ello se encarna en dos autoridades llamadas “alcaldes” o “jueces de agua”, quienes procuran entre octubre y marzo el despliegue de un sistema de riego eficiente en función del agua disponible y la tierra que requiere ser regada. Los jueces deben velar día y noche que el regadío se realice sin problemas y que no se produzcan robos, cortes o usos indiscriminados del agua. Para ello, a fines de septiembre la junta o comité de agricultores de Socaire llama a votación a todos los regantes inscritos para elegir a los jueces. El desempeño en este cargo precisa un conocimiento y dominio muy acabado sobre el orden, los tiempos y las formas de distribución de los turnos de agua

en cada sector de Socaire. Se evita la designación de inexpertos que ignoren cómo se distribuyen y acoplan los riegos en forma simultánea en varios sectores o cómo devolver el agua sin retrasar los riegos. Si esto sucediera, es muy posible que se desaten intensos conflictos entre los socaireños.

Pues bien, si el terreno se encuentra apto para la temporada agrícola no debería tener mayores problemas para producir; no obstante, la realidad de Socaire es otra. En el año 2010 registré que existen poco más de 150 hectáreas inscritas que reciben por igual sus derechos de agua, pero no todas producen con la misma intensidad ya que los suelos de muchos terrenos se encuentran altamente degradados por falta de materiales orgánicos, así como por la contaminación de las aguas con minerales. En la actualidad tanto la agricultura como el pastoralismo atacameño tienen poca incidencia productiva debido a las condiciones restrictivas de la puna, así como por el desinterés de los propios indígenas por estas actividades, las que hoy representan un aporte sólo para la subsistencia. Algunos autores han señalado que el impacto de la minería del cobre y de minerales no metálicos viene hace al menos 50 años desplazando estos sistemas, creando una corriente de movilidad indígena hacia Calama y Antofagasta².

55

Son pocas las familias socaireñas que mantienen cultivos agrícolas, y quienes lo están haciendo deben someterse a extenuantes actividades y procesos para llevar con éxito la producción. Al observar que la producción agrícola cada año disminuye y, por consiguiente, los socaireños van necesitando menos agua para los regadíos, el dilema aparece para mí cuando la fiesta de la limpia del canal ha ido adquiriendo un poder de convocatoria muy alto. Sin más, en aquella limpia de canales de 1996, los socaireños con profundo pesar decían que *“los estilos iban a desaparecer”*, pues *“a la juventud de Socaire no le interesa la agricultura”*. Es, quizás, en la naturaleza de la limpia de canales y no en la agricultura donde encontrar algunas luces para este dilema

² Gundermann, H. y H. González. 1995. Tierra, agua y sociedad atacameña, un escenario cambiante. En *Agua, ocupación y economía campesina en la región atacameña*, En P. Pourrut y L. Núñez (Eds.), pp. 78-106. Chile: UCN-ORSTOM.

La limpia del canal

Días previos a su realización, las y los comuneros de Socaire eligen en una asamblea a dos personas responsables de dirigir los trabajos de limpieza a los cuales se denomina capitanes. Ellos serán los encargados de organizar y fiscalizar las faenas. Al capitán mayor le corresponderá asignar y dirigir cada tarea, mientras que al capitán menor le cabe revisarlas, apurar y autorizar el retiro del comunero de su puesto de trabajo una vez que ha cumplido. Los capitanes se acompañan de un “tareador”, quien tendrá la responsabilidad de señalar con arena todos los metros que a lo largo del canal matriz se limpiarán. Tras la elección, capitanes, tareador y juez de agua, deben dirigirse hacia el punto inicial de canalización o bocatoma, para cortar el agua y dejar seco el canal para su limpieza, desviándola por una quebrada aledaña llamada Cuno.

El último fin de semana de octubre, en el centro de Socaire se reúnen todos los comuneros para dar inicio a la limpia. Los capitanes toman lista de los presentes y del número de hectáreas que ese año están en riego. El número de hectáreas es proporcional a los metros que corresponderán limpiar, es decir, cada hectárea que se riega en Socaire, será equivalente a un metro del canal. Las y los comuneros parten su labor cerca de la antigua iglesia y desde allí van subiendo hasta alcanzar la bocatoma en la tarde del día siguiente. Los primeros metros se limpian sin medida especial hasta un sector denominado El Chorro, donde año por medio hay que despejar con mayor esfuerzo los sedimentos. A partir de este punto, las y los comuneros se esforzarán por avanzar rápidamente ya que han pasado una de las secciones del canal matriz más pesadas.

La limpieza del canal se basa en un sistema de trabajo por relevos en el que cada comunero limpia sus metros correspondientes, repitiéndose tantas veces como sea necesario hasta llegar a la bocatoma. Tras cada tramo, las y los comuneros esperan en su puesto de trabajo la revisión exhaustiva del capitán menor, sólo así pueden continuar. Hay ocasiones en que el capitán no acepta el trabajo porque no es eficiente, no se han sacado todas las malezas ni el barro acumulado en las paredes del canal lo que implica mejorar la tarea, repitiéndola.

Aprobado el trabajo, el comunero acude al capitán mayor para que le asigne nuevamente otra tarea equivalente a la anterior en un tramo siguiente. Esto se realiza con extremo orden, respetando la asignación de los capitanes, pues no es posible conferir una tarea por adelantado ni delegar su recepción o entrega a un compañero; ello denotaría poca seriedad y falta de respeto hacia la actividad.

Otra elemento de la limpia de canales es que es un trabajo caracterizado por la alta colaboración, tanto así que se apoyan entre familiares y amigos y si es el caso, también hay solidaridad con los comuneros atrasados, todo con el fin de no demorar ni detener las faenas. Durante toda la jornada se produce un clima de cordialidad y jolgorio donde socaireñas y socaireños amenizan con vino, cerveza y aloja. Esta última, es una fermentación de los frutos del algarrobo, muy típica de la zona atacameña. La harina tostada y las hojas de coca se comparten permanentemente, junto al sonido del clarín y el cacho o “putu”, instrumentos musicales que animan a los presentes. Algunos comuneros entusiastas juegan entre sí, se tratan de “cuñados” y van celebrando cualquier situación que suceda. Lo importante es expresar alegría por el trabajo y el canal.

57

Al medio día, comienzan a llegar los familiares e invitados con las viandas que contienen los mejores platos para los comuneros porque la labor ha sido intensa y es un día de fiesta donde se presenta la mejor receta de cada hogar. Después de la comida se reanuda el trabajo hasta el atardecer, los comuneros se detienen en el lugar donde año tras año se realiza una improvisada asamblea. Allí evalúan la jornada y eligen a los “chacheros”, encargados de recolectar una yerba o “monte” que produce una quema intensa, la que servirá para la ceremonia de los cantales.

En la segunda jornada los comuneros se reúnen muy temprano y a diferencia del día anterior, ésta no es sólo de trabajo sino que se da curso a dos instancias centrales: el *talatur*, una celebración con cantos y baile en honor al canal y la ceremonia de aguas, en la cual aparecen dos figuras que actúan como mediadores entre la comunidad, el agua y los cerros: los cantales mayor y menor.

Cuando la limpia del canal está finalizando, los comuneros y sus familias se reúnen en un sitio aledaño a la bocatoma conocido como “merendadero”. Ésta es una pequeña edificación circular compuesta por un conjunto de gradas de piedra que en su centro tiene un espacio llano. En un extremo de este lugar se ubican los cantales, quienes desde el amanecer han estado realizando una ceremonia que se conoce como despertar a los abuelos. Los cantales piden permiso a los antepasados y a los espíritus de los cerros tutelares de Socaire, para hacer algunas rogativas por el agua, a través de los llamados “convidos”. Al convidar a estas entidades, los cantales pretenden propiciar abundancia y protección a la comunidad, así como rogar para el descanso de los difuntos y los santos patronos del pueblo: San Bartolomé y Santa Bárbara. Para ello, los cantales “abren la tierra”, es decir, cavan un hoyo y allí van depositando el material contenido en las ofrendas que donan las familias de socaire, a las que llaman *kajcher*.

Este ofrecimiento consiste en una botella cargada de aloja a la que le cuelgan una *tuftuca*, como se le denomina a la grasa extraída del pecho de un llamo que se acomoda junto a un *kipe*, bolsita que contiene una muestra de la molienda de todas las semillas de Socaire: maíz, quínoa, trigo, habas y hojitas de coca. Todo es amarrado con hilo de color rojo para sujetar las plumas de parina que representan a la familia que ofrece el *kajcher* y cuya cantidad y tonalidad depende del número, edad y género de los integrantes familiares; plumas rosadas para las mujeres y plumas negras para los hombres.

La entrega del *kajcher* tiene un solemne protocolo. Saludar a los cantales, quienes reciben la botella e invitan a convidar al canal. Sirviendo un vaso de aloja, el donante alza su mano derecha hacia la cordillera y a la tierra, rociando parte de la bebida en señal de respeto. El cantal invita a que lo acompañen un instante a fumar, beber o mascar hojas de coca. Luego, los donantes se retiran y los cantales ya pueden iniciar su trabajo de convidar. Cada convidado a los cerros se intercala con plegarias cristianas, con venias a la *pachamama*, con permisos al canal y a los antepasados que lo construyeron, así no profanarán y mantendrán sumisión y respeto frente a los espíritus. El cantal mayor procede a descargar los *kajcher* sacando las

plumas de parina, la grasa del llamo y la molienda, las que son amasadas y derramadas junto a la aloja sobre el cobero encendido y por cada uno de los cerros y manantiales que se invocan en un círculo o vuelta imaginaria que parte en Socaire como referencia. El cantal repite el nombre de cada uno de los cerros que conoce de ese círculo y va haciendo los convidos respectivos. Éste es un enorme esfuerzo de concentración que los cantales mantienen entre 8 y 12 horas en ayuno, rememorando gran cantidad de hitos de la naturaleza. Pero, por sobre todo, se trabaja para dejar contento al llamado *tata Putarajni*, quien habita los manantiales de los cerros cercanos a Socaire como Tumisa, Miscanti, Miñiques, Chiliques y Lausa:

“(...) reciban todos esta hojita y alojita todos los Tata cerros, más alegre y más contento porque hoy es tú cumpleaños tata Putarajni, para que dé más agüita el tata Putarajni, en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, amén” (Cantal mayor 2000).

Tras horas de intenso trabajo convidando, los cantales expresan cansancio. Es por ello que en cada limpia de canales es común que algún joven de Socaire haya sido invitado a ser aprendiz de cantal. El principiante asistirá en pequeñas tareas a los cantales, aprenderá el oficio y los estilos propios de esta ceremonia. Si hace las cosas bien, resiste el cansancio, el estar horas bebiendo y coqueando sin rezongar y demuestra respeto a sus maestros, será candidato para cantal menor.

Cae la tarde y los socaireños ya pueden presentar sus saludos y agradecer a los cantales por el esfuerzo. Los cantales reciben los reconocimientos e invitan a la gente a acompañarlos con vino y hojas de coca. Es muy posible que tomen la palabra los presidentes del comité de agricultores, la directiva de la comunidad indígena o Capitanes. Todos agradecen a la comunidad por la asistencia, la eficiencia en el trabajo y el cálido ambiente que se ha gestado. Insistiendo en la importancia de conservar las tradiciones del pueblo. Terminados los saludos, la gente se dirige a la bocatoma, donde sobreviene relajo y camaradería. El

clarín y el *putu* suenan fuerte y aparecen las mujeres, los niños y los invitados con más aloja y vino para combinarlas con harina tostada y participar del festejo.

Si los *kajcher* ofrecidos ese año fueron suficientes o el trabajo de limpieza del canal se desarrolló sin contratiempos, los socaireños se mostrarán conformes y entusiastas. Sin embargo, no siempre el festejo se produce en calma. Regularmente la gran convocatoria que posee esta fiesta es aprovechada por los dirigentes de la comunidad indígena para resaltar su gestión, dedicando algunas palabras sobre el proyecto que se terminó, de los nuevos beneficios que han conseguido en la comunidad o para pedir apoyo político en el periodo que sigue. También es usual que aparezcan funcionarios o autoridades públicas y pretendan saludar a la comunidad por la fiesta, pero casi siempre terminan reconociendo que su presencia es muestra del interés por reforzar la política indígena en la comunidad. En un rito como éste es común la abundancia de comida y bebidas alcohólicas, por lo que no resulta extraño que en el momento de la máxima ostentación dirigencial o en el que los funcionarios están exaltando sus capacidades, sus compromisos o hablen de la distribución de los recursos estatales, sea el colectivo étnico quien dé muestras del gran poder que detentan.

60

Entre trago y trago, los comuneros mareados de tanto discurso lanzan dardos llenos de ironías y resquemores a sus pares de la directiva, pero más sobre los ahora “intrusos” agentes estatales. Es un momento en que las fisuras internas socaireñas se disuelven para concentrarse en formas con latente contenido de violencia. Siempre son los más ebrios quienes parten, se ríen groseramente de los funcionarios, ponen en suspenso la continuidad de esas palabras y expresan sus descontentos reclamando que “*aquí no han hecho nada*” o que “*sólo vienen cuando hay elecciones*”. Los socaireños más cautos –o más sobrios– piden calma para que la fiesta prosiga y sea un momento de celebración y no de pleitos. Al final todos temen que la contenida violencia se desborde y termine en algo más que una multitud atacameña descontenta o enardecida por la intromisión del políticamente correcto discurso estatal sobre la diferencia.

Para los dirigentes y sus directivas es un momento de frustración. Han quedado deslegitimados por la masa indígena frente a los funcionarios estatales. Sus capacidades de manejo político y representatividad han quedado en cuestión. Algunos socaireños para distender lo ocurrido se animan a pedir *talatur*. Vociferan la presencia de la maestra, personaje que dirige el canto para los manantiales y cerros. La maestra se acompaña de un “chorromón”, instrumento musical conformado por tres pares de pequeñas campanitas de bronce que dan los acordes para el *talatur*. Los más próximos se abrazan formando un círculo y girando lentamente al principio y se van escuchando las estrofas de lo que queda de un canto en kunza. Poco a poco el *talatur* alcanza mayor fuerza, los capitanes animan con sus varillas pegando en el trasero a los que talan, apoderándose del clarín y el *putu* y se escucha el aliento socaireño que exige que la rueda tenga más entusiasmo, gritando: “*¡más lindo, más lindo!*”.

Mientras los socaireños disfrutan del *talatur*, los cantales continúan con los últimos convidados para despedir a los cerros y al agua hasta el año que sigue. Cuando finaliza la ceremonia de los cantales, se avisa a las y los comuneros que la tarea ha concluido y que es el momento que la comunidad regrese al merendadero. Uno por uno los socaireños se enfilan para entregar nuevamente saludos a los cantales y atender el discurso final. Cargado de emotividad, el cantal mayor manifiesta los altos y bajos de la celebración. Valora el respeto que la comunidad ha procurado frente a los convidados y lo positivo que ha salido el trabajo. Prosiguen agradecimientos de la comunidad indígena y de los agricultores de Socaire hacia todos los presentes, menciones especiales se dirigen para los atacameños de Calama, que se destacan por vestir ropas de alguna de las mineras de región. Por fin se da paso a la esperada comida comunal y muchas familias se unen para compartir alimentos y bebidas. Tras ello, cantales, capitanes y socaireños se dirigen a la bocatoma para dar la partida al agua.

La apertura de la compuerta del canal se realiza con mucho entusiasmo. Nuevamente se hacen convidados a los cerros y los presentes viven este momento con mucha ansiedad y emoción, gritando cuando el agua arremete en el canal con su poderoso caudal que lleva

gran carga de materiales y sedimentos. Después de largar el agua, la gente enfila hacia el pueblo donde los espera el cierre de la fiesta con un baile en la sede social. Algunos socaireños más entusiastas prefieren acompañar el agua como todos los años: bajando en grupo, tomando *aloja*, coqueando y cantando el *talatur*.

El paso del agua se recibe con la arremetida de gritos y cantos de una comparsa que va festejando por la ribera del canal bajo el frío atardecer. Los jóvenes van encendiendo los pastos secos que crecen a la orilla del canal para alumbrar la bajada del cerro pero también para dar señal que el agua está pronta a llegar al pueblo. Allí la recepción es entrada la noche. El grupo que acompañó al agua es recibido entre gritos y aplausos, en la plaza central se impone el *talatur* hasta que empiezan a sonar las primeras cumbias. Es la señal que el baile popular espera a todos los socaireños para celebrar el éxito de la limpia de canales.

El dilema: ¿Cómo comprender este ritual? ¿Cultura o etnicidad?

62

La limpia del canal en Socaire es el evento social de mayor trascendencia, siendo parte de la misma ceremonia un trabajo de limpieza del canal y la celebración con que se venera al agua. La limpia de canales no sólo reúne a los agricultores del pueblo que necesitan que las acequias se encuentren en condiciones óptimas para la producción agrícola; sino que tiene relevancia para toda la comunidad, incluso para aquellos que ya no residen en el poblado y vienen desde Calama o Antofagasta cada año. En ese sentido, esta fiesta representa una de las actividades rituales más importantes en la vida social de esta comunidad atacameña y no sólo por la relevancia que tiene en la reproducción y continuidad del ciclo agrícola allí, sino por la posibilidad y el peso que significa refrendar un compromiso permanente de cohesión social entre la colectividad y uno de sus máximos referentes identitarios como es el agua y los cerros. De manera que la participación en la limpia de canales pareciera tiene en la actualidad más implicancias sobre el compromiso social de los socaireños con la comunidad indígena, que con la de regantes o agrícola.

Cuando me refiero al peso de la limpia de canales en la identidad en Socaire debemos pensar que ella no se comprende como si fuera un conjunto de elementos culturales que han tenido continuidad en la historia de estos atacameños. Lo que otorga importancia y alta sustentación para la identidad es que la limpia de canales en la actualidad representa una fuerte conexión con los límites e ideas que se manejan respecto de la diferencia cultural.

Cuando a fines de los años 90' aparecen los procesos de reivindicación étnica en los atacameños y la identidad indígena es valorada y asumida positivamente, una actividad como la limpia de canales se nutre y adquiere una dimensión política central en la sustentación de lo que se ha percibido históricamente como lo "más genuino" o propiamente indígena de estas personas. Esa percepción de la diferencia cultural atacameña –que se establece por el contacto y la interacción con un "otro", entre otros elementos³- es el resultado de una forma de haber sido vistos y construidos en el imaginario de los ("otros") no indígenas (el Estado y la sociedad nacional) desde la visión rebajada o el estigma de "indios"⁴.

63

Hasta antes de las transformaciones sobre la identidad étnica atacameña, la limpia de canales era vista desde fuera y experimentada desde dentro como parte de las más profundas costumbres de los indios de la puna atacameña; por tanto, cuando este ritual se cruza con la cuestión de una identidad étnica positiva y revalorada por un Estado y una sociedad nacional que incluso considera esos contextos como parte del acervo patrimonial de la región de Antofagasta, se dispara –no ajena a complejidades- la conciencia en los propios socaireños de ser poseedores de un acopio cultural profundo y milenario.

El efecto más claro de estos procesos en las comunidades indígenas atacameñas ha sido la generación de una gran capacidad y despliegue para disputar y controlar aspectos centrales de la vida social indígena. Uno de ellos es precisamente el reproducir y arrojarse como

³ Barth, F. 1976. Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales. Fondo de Cultura Económica, México.

⁴ Gundermann, H. 1997. Etnicidad, identidad étnica y ciudadanía en los países andinos y el norte de Chile. Los términos de la discusión y algunas hipótesis de investigación. Estudios Atacameños 13: 9-26.

propias una serie de actividades rituales como la limpia de canales en Socaire. De ese modo, a través de esta fiesta como nunca antes en la historia de los socaireños se legitima y da sentido a los más importantes discursos que sostienen lo étnico en Atacama: el mito de origen, la creencia en ciertos espíritus, la vida propia del agua y el pasado milenarismo atacameño.

En ese sentido, la importancia de la limpia del canal para una comunidad como Socaire yace en que es un ritual en que se alaba a las aguas, los cerros y la naturaleza en general mediante un conocimiento y una experiencia transmitida tras generaciones, el cual les permite dar vida permanente a una comunidad, pero ello no es el resultado de la profunda continuidad cultural atacameña, sino de la posibilidad de estar vigente dentro de los actuales procesos en que los atacameños quieren reinterpretar su propia historia y presentarse ante los “otros” como poseedores de una diferencia cultural central.

Estamos frente a un sujeto atacameño inestable, por decirlo de algún modo, que ya no es posible fijar en esquemas antropológicos que igualan la cultura con un territorio o una lengua. Un ejemplo de ello es que la limpia de canales de Socaire tiene una concurrida asistencia compuesta no sólo por los socaireños, sino también por parientes o amigos que viven en otros pueblos y ciudades de la región. Sin embargo, la presencia de afuerinos, - como turistas, funcionarios, e incluso antropólogos- resulta un verdadero desafío pues al socaireño no le agrada que los extraños husmeen en sus rituales, menos que se tomen fotografías o se hagan registros audiovisuales cuando realizan pagos o rogativas a sus aguas. En la actualidad reservar para la comunidad el espacio ritual de la limpia de canales y, en particular, la ceremonia que la acompaña, implica una muestra del gran poder simbólico que estos atacameños detentan hacia los “otros”; más cuando en este ritual se ofrecen discursos sobre la recuperación de las tradiciones o como ellos mismos señalan *“hacer las cosas al estilo de los antiguos”*.

La celosa y reservada comunidad atacameña de Socaire cuida este espacio ritual porque le permite ejercer y detentar un poder y una autonomía simbólica sobre lo que ellos

consideran su diferencia cultural. En ese sentido, lo que debería nutrir un debate sobre el dilema planteado, no es si los atacameños de Socaire han tenido en su historia una trayectoria cultural prístina o ajena a rupturas y a sincretismos culturales; más bien, me interesa dialogar por qué es que estas comuneras y comuneros desde un ritual como la limpia de canales han sido capaces de levantarla como un referente central de la identidad y con ello mostrar que los hace parte de una comunidad étnica diferente, particular. Así, la interpretación emitida por los socaireños sobre la carga milenaria de la limpia de canales es en definitiva la visión que tienen de sí mismos y más aún aquella que quieren proyectar frente a los “otros” como reflejo de ese poder simbólico que ahora otorga una visión positiva de la etnicidad. De alguna manera este poder simbólico ha permitido expiar la carga de subalternidad con la que históricamente los atacameños se vieron afectados al ser considerados dentro del sistema de relaciones interétnicas que se construyó en San Pedro de Atacama, al ser referidos como “indios”, incluso como “bolivianos”, “llamos”, “negros”, “borrachos” y “sucios”. Calificaciones lamentablemente todavía muy empleadas en el norte de Chile para referirse a los pueblos indígenas y que hoy reclaman ser vistos como ellos quieren serlo: una comunidad culturalmente distinta.

Agradecimientos

Muchas gracias a la comunidad atacameña de Socaire, en especial a Don Laureano Tejerina, un antiguo cantal mayor; a Elsa y Silvestre Varas y a la señora Josefa Cruz.